



SEGUNDA PARTE.

En la cual se da fin al lastimoso suceso de esta Señora: refiérese el raro caso por el cual se descubrió el ofensor de su honra; y como se casaron con mucho contento y alegría de ambas partes. Con todo lo demás que verá el curioso Lector.

DOÑA ROSA CISNEROS.

En la primer parte dije, noble auditorio discreto, como llegó Doña Rosa à su casa, y por estenso dió relación à su madre del referido suceso. Lamentaron tal desgracia, mas por entonces no dieron al padre cuenta de nada.

Pues volvamos al mancebo, que era tanto su desorden, que escandalizaba el pueblo. Sus padres mil pesadumbres tenían cada momento, hasta que resueltamente han dado parte al Consejo, para que prendan al hijo, y le den algun destierro,

porque no los infamára
con su proceder perverso:
pues quitándole de amigos,
lloraria su escarmiento.
A los quince ó veinte dias
con órden del real Consejo
de Leon lo desterraron.
Vamos á que del tropiezo
se sentia embarazada
Doña Rosa, y en efecto
vino la hora y dió á luz
una niña como un cielo.
Fue todo con gran recato,
y diligencias haciendo,
encontraron con un ama,
que la crió con contento.
Llevábala muchas tardes
á la casa de Don Diego,
y para mas ocultarlo
de la noticia del pueblo,
daba á entender que la niña
es de la cuna; y con esto
á cualquiera que pregunta,
satisfaccion le dan luego.
Tenia la hermosa niña
ya cinco años, y á tiempo
que estaba en medio la calle,
oficiosa con sus juegos,
Don Juan Gonzalez venia
con su caballo, y por presto
que parar quiso, no pudo,
la atropelló, sin poderlo
remediar; y prontamente
desmonta, y con mucho afecto
la toma en brazos, y triste
se fue á su casa corriendo.
A su esposa le da parte
del lastimoso suceso,
y la niña casi muerta,
apenas tenia aliento.

Procuraron con bebidas
propinadas al intento
recobrarla, y la observaron
vuelta en breve al ser primero;
pues no se hizo daño alguno,
ni contusion en el cuerpo.
La madre muy descuidada,
ignorando este suceso,
estaba dentro su casa;
mas entró en algun recelo,
viendo no entraba la niña.
Salió á la puerta, y haciendo
pesquisa por donde andaba,
se llegó á ella un buen viejo,
y le dijo, que un caballo
la cogió, y el caballero
que en él montado venia,
se bajó luego al momento,
y tomándola en los brazos,
se fue á su casa corriendo.
Desatinada la madre
con aviso tan funesto,
enterada de las señas,
fue en casa del caballero,
y preguntó por la niña.
Salió con muchos cortejos
Doña Leonor, y le dijo:
Señora mia, yo siento
el gran pesar que usted trae,
mas no lo tengo yo ménos,
y mi esposo juntamente:
y no sé qué diga á esto;
porque es tan grande la pena
que mi esposo y yo tenemos,
que es increíble, señora.
Entre usted háia acá dentro,
que en una cama en la sala
á la niña la tenemos,
y no le faltará nada
hasta el restablecimiento.

Entró alegre Doña Rosa
à ver à su hija, y luego
que la niña vió à su madre,
no cabia de contento:
y ella con tiernos abrazos
la acariciaba en su seno.
Despues que Doña Leonor
le hubo hecho el cumplimiento,
ofreciendo aquella casa
muy rendida à su respeto,
Doña Rosa la responde:
mucho, señora, agradezco
à ustedes la gran fineza
que con esta niña han hecho,
pues aunque ella es huerfanita,
sin tener padres ni deudos,
la queremos como hija;
y sírvase usted, que luego
quiero pasarla à mi casa.
Y le respondió al momento
Doña Leonor: mi señora,
mas favor es el que espero
de usted; la niña está bien:
si usted quiere que logremos
mi esposo y yo recibir
favor que no merecemos,
haga usted luego posada
en mi casa, y gozaremos
la gran dicha y la fortuna
de su favor. En efecto
ella con gran regocijo
dió satisfaccion à esto.
No obstante tal alegria,
el corazon por momentos
le está diciendo al oido:
esta es la sala, este el lecho,
este el balcon y escritorio;
aquí fue donde el grosero
que te robó, dejó mustia
tu belleza en un momento.

Cuando entre estas congeturas
vacilaba su concepto.
llamó el mancebo à la puerta,
pues cumplido su destierro,
obtuvo la libertad
que el perderla fue escarmiento
para conocer su porte,
mejor conducta escogiendo,
obrando ya con cordura,
à su casa concurriendo.
Alegres salen los padres,
pues aunque gustosos fueron
de su destierro, el amor
nunca les faltó en su pecho.
Lo reciben con cariño,
los vecinos vienen luego,
y todos se congratulan,
enorabuenas rindiendo,
por haber vuelto à su patria.
Entróse en la sala à tiempo
que Doña Rosa à la niña
alhagos le hacia tiernos,
y al instante que la vido,
dióle el corazon un vuelco,
anunciando cierta dicha:
informóse del suceso,
y dándole estensa cuenta,
hizo entre sí sus recuerdos,
y preguntó à Doña Rosa:
cuya es la niña? A que luego
Doña Rosa satisfizo:
es huerfanita, que el pecho
dándole un dia su madre,
de un accidente funesto
cayó en el suelo mortal;
mi madre llegó à este tiempo,
y recogiendo la niña,
la libró de aqueste riesgo,
pues que con ansias mortales,
sin recibir sacramentos,

falleció del accidente
su madre, y à breve tiempo
falleció tambien su padre.
Mi madre con mucho celo
buscó un ama, y la crió,
y cual si fuera su espejo,
se mira en ella y divierte;
esto, señor, es lo cierto.
Respondió el mancebo entónces:
à vuestro razonamiento
he estado atento, señora,
y me repugna el creerlo.
Respondióle Doña Rosa:
eso es decirme que miento.
No digo tal, le replica;
pero señora, yo tengo
diversa idea formada.
Y ella dice, lo mas cierto
es, señor, que esta es tu hija,
y si tu cristiano pecho
la verdad te persuade,
yo soy su madre en efecto,
y pues gozais noble sangre,
obrad como caballero.
El respondió: mi señora,
si esa es deuda que yo debo;
y gustais de ser mi esposa,
el ser yo vuestro prometo.
Pero humilde ántes os pido
perdon de mi desacierto,
y si descortés he obrado,
lo remediaré ahora cuerdo:
en parte vuestra hermosura
fue la causa de mi esceso,
que he de procurar dotarlo,
venerándoos con extremo.
Su padre y madre admirados

F I N.

quedaron de este suceso,
por ignorar los principios
del caso, y por los extremos
se fue enlazando la historia;
y para evidencia de ello,
dijo entónces Doña Rosa,
si habian hachado menos
por aquel tiempo una joya
de considerable precio,
que ella para fiel testigo
la guardó con gran secreto.
Para que duda no hubiese
en lo que habia propuesto,
hizo tragesen la Imagen
de oro, que con acuerdo
se llevó del escritorio.
Informaron à Don Diego
de todo lo acaecido,
interponiendo sus ruegos,
para que de aquel agravio
perdonase. Y muy contento
convino en el desposorio,
y sin dar mas curso al tiempo,
dan parte al Señor Obispo,
y su Ilustrísima viendo
el caso tan prodigioso,
los desposa; y con contento
viven en union conforme,
con grande paz y sosiego,
colmado de bendiciones
un tan dichoso himeneo
el cielo, pues à sus fines
lo va todo disponiendo,
sin que pueda humana ciencia
frustrar sus altos decretos.
Y al auditorio suplico
disimule los defectos.